

Andrés Sabella

“Las Flores del Mal” (1857-1957)



CUANDO ya el rictus de su boca eterna recogía los secretos finales del Verbo, a los cuarenta y seis años, Carlos Baudelaire, el 31 de agosto de 1867, endurecía su cuerpo para que los “ángeles rebeldes” lo trocaran en el navío de su orgullo:

*Un ángel furioso, como un águila fiero,
coge por los cabellos al incrédulo y grita
valiente: “¡Acatarás la ley de Dios bendita!
porque soy tu ángel bueno, ¿entiendes?, y lo quiero.*

*Sabe que has de adorar con buena voluntad
al pobre, al malo, al necio, al gajo, al indigente,
porque al pasar Jesús tiendas humildemente,
como un tapiz triunfal tu santa caridad.
¡Pronto, antes que en tu pecho se extinga toda llama,*

*en el amor de Dios tus éxtasis inflama!
El es la fuente pura del placer verdadero!”*

*Y el ángel, que es verdugo, ¡gran Dios!, porque es amante,
tortura al condenado con puño de gigante:
el réprobo contesta sin vacilar: “¡No quiero” (1).*

Los cortinajes desolados del teatro de su destino pavoroso caían todavía, ¡tremendo destino a prueba de miseria y de bala, de horror y de impotencia!

“Estoy solo, sin amigos, sin ama de casa, sin perro y sin gato. ¿A quién puedo quejarme? Sólo cuento con el retrato de mi padre, que permanece siempre mudo” (2).

Entonces, sucedieron algunas terribles circunstancias en el mundo: las nubes perdieron, súbitamente, sus hermosos bucles de muchacha; las sirenas vieron ponerse lívidos sus cuerpos y las cuerdas de las cítaras eran cortadas por una tijera invisible, a la que se oía blasfemar, furiosamente, por los aires:

“Fue sencillamente un dolorido de la pobre sensualidad, pero de una visión sensual magnífica y total.

“Lo que halló él en el reposo del mundo apoyado el codo sobre la mesa vacía, fue toda la concepción del mundo, el reloj de bolsillo, el reloj humano del mundo y sus pasiones” (3).

Baudelaire, que era un horno de truenos, operó estos sucesos, con sólo volcar sus párpados en la nada, porque:

*Yo sé bien que al Poeta un lugar reserváis
en las filas benditas de las santas legiones,
y que para la fiesta eterna lo invitáis
de Tronos, de Virtudes y de Dominaciones* (4).

Quien pronuncia: Baudelaire, pronuncia el apellido de la Poesía. Su existencia fue la adoración cruel, desmedida, absurda y sagrada de los recónditos matices de las palabras: como Teófilo Gautier, el “perfecto mago en letras francesas” (5), agonizó hechizado por los resplandores del lenguaje humano y fue el impasible descubridor de los acordes que cruzan la vastedad, el que le halla costas nuevas a las palabras:

"El fue el primero entre nosotros que después del gran desbordamiento verbal del Romanticismo tuvo clara conciencia de la necesidad de romper en poesía con el estilo oratorio y de volver a encerrar la expresión poética en formas breves" (6).

Poseyó Baudelaire la sabiduría de las sabidurías, la de las relaciones esenciales del orbe:

*Naturaleza es templo de vivientes pilares,
a las que el aire arranca misteriosos nombres,
y es un bosque de símbolos que, cuando andan los hombres,
dejan caer sobre ellos miradas familiares.*

*Como ecos diferentes que en el espacio ahonden
hasta hallarse en el ápice de una rara unidad,
vasta como la Noche y la diafanidad,
colores y sonidos y aromas se responden.*

*Y así hay perfumes frescos como carne de infantes,
verdes como praderas, dulces como el oböe
y los hay, corruptores, ricos y triunfantes,*

*de una expansión de cosa infinita embebidos,
como el almizcle, el ámbar, el incienso, el äloe
que cantan los transportes del alma y los sentidos (7).*

Por este conocimiento demoledor, debió pagar su inmenso desafío con lo más caro a su cuerpo: entregando a la voracidad de los dioses la flor y el fruto de su carne, exquisito presente en llamas de sulfato, ex voto exaltado por el genio que de cada poro dolido sacaba un solo espejismo de mujer: el de Juana Duval.

“Juana es ya para él como una Beatriz sombría y simple... Juana es para él todo y nada más que todo, espejo de negro azogue en el que va viendo envejecer, en plena juventud, y se irá viendo morir en plena vida” (8).

Baudelaire, cargando la dura sífilis de la “horrible judía” (9), agonizará con doble ración de espantos: de paralítico y de reblandecido mental; pero la Poesía arderá, satisfecha, detrás de su árido sillón de condenado a muerte, porque es para siempre el soldado glorioso que no cejó en la defensa de su frente inmarchitable:

*Yo soy cual el rey de un país ensombrecido;
rico pero impotente, joven y envejecido* (10).

De esta frente, cepillada por el insomnio de sus responsabilidades, brotan *Las Flores del Mal*, con la enrojecida lozanía de los bienes de la inmensidad. Marcel Proust llama al libro centenario: “libro sublime” (11); Ulises Petit Murat saborea “el atractivo un poco mórbido” de su pulpa venerable (12); Nydia Lamarque piensa que:

“A partir de *Las Flores del Mal*, la poesía no ha hecho más que empequeñecerse, menguar” (13).

Las Flores del Mal, editadas por los inolvidables impresores librerías de Alençon Poulet-Malassis y Eugenio de Broize, aparecieron el 25 de junio de 1857. Únicamente Eduardo Thierry, director del *Monitor Universal*, arriesgó su pluma en la alabanza de esta obra, donde se “inaugura el señorío del poeta sobre la palabra” (14). Fue en la edición del 14 de julio: la coincidencia no pudo ser más feliz, ¡aquel 14 de julio cayó otra Bastilla odiosa: la de la retórica! Desde 1857, los franceses cantan más jubilosamente “La Marsellesa”.

Gustavo Burdin —¡burdo, burdin...!— vociferó, escandalizado, contra *Las Flores del Mal*, en *El Fígaro* del 5 de julio, agitando la campanilla de la provocación:

"lo repugnante se alía con lo infecto",

denunciaba, enronqueciendo su mal gusto y mala fe. Se produjo un enredo de letras. En lugar de actuar la Poesía, actuó la Policía: *Las Flores del Mal* fueron desparramadas delante de los Tribunales de Justicia, el 20 de agosto de 1857, para que las narices augustas de la Ley olfateasen sus corolas. El poeta fue condenado a pagar una multa de 300 francos; los editores, a suprimir seis poemas del libro y ambos, además, a una multa de 100 francos. Los poemas castigados fueron:

I. LESBOS:

*Madre de los latinos y los griegos deleites,
Lesbos donde los besos lánguidos o gozosos,
cálidos como soles, untuosos como aceites,
son ornato de noches y de días gloriosos (15).*

II. MUJERES CONDENADAS:

*A la luz pálida de las lámparas murientes,
sobre blandos cojines impregnados de olor,
Hipólita soñaba con los besos potentes
que alzaban la cortina de su joven candor (16).*

III. LAS METAMORFOSIS DEL VAMPIRO:

*La mujer, entretanto, con su boca de fresas,
retorciéndose, como serpiente entre pavesas
y amasando sus senos del corsé en las ballenas,
decía estas palabras de espeso almizcle llenas (17).*

IV. EL LETEO:

*Ven a mi corazón, alma cruel y sorda,
tigre adorado, monstruo de gestos indolentes;
quiero hundir largo tiempo mis dedos temblorosos
entre la espesura de tus densos cabellos (18).*

V. A LA QUE ES DEMASIADO ALEGRE:

*Tu cabeza, tu aire, tu gesto,
son bellos como un paisaje;
la risa juega en tu rostro
como el viento en un cielo claro.*

VI. LAS JOYAS:

*Se había desnudado; dócil a mi capricho
ya sólo conservaba sus alhajas sonoras,
cuya pompa le daba el aire triunfante
que presentan a días los esclavos del Moro.*

Durante ochenta y nueve años —1857-1946— hubo un cielo de rabia sobre estos poemas. Cuando la Asamblea Constituyente de Francia lo despejó, celebramos una de las más nobles victorias de la poesía inmortal:

“Las Flores del Mal son admirables flores artificiales al lado de las que las flores de la vida son las artificiales, las contrahechas, las feas” (19).

*

* *

Las Flores del Mal son las galas mayores de este otro Carlos Linneo de sienes carcomidas por la desdicha, de este floricultor en cuyas manos se renueva el pólen de los encantamientos, de este

galán de adelfas monstruosas y mandrágoras doradas por la fiebre de todos los patíbulos:

*Yo te ofrezco estos versos a fin que, si mi nombre
aborda felizmente las épocas lejanas
y hace soñar un día los cerebros humanos,
bajel favorecido por vientos y bonanzas,*

*tu memoria, igualando las fábulas inciertas,
como el ruido del tímpano le repita al lector,
quede como colgando en mis rimas altivas
por ese fraternal y místico eslabón (20).*

Las Flores del Mal sombrean el corazón del hombre y permiten que, allí, aniden el ensueño y la locura.

Las Flores del Mal podrían desprenderse de sus búcaros, ascender los espacios y convertirse en las hélices del misterio cósmico:

"¡Al fondo de lo Ignoto para encontrar lo NUEVO!" (21).

Las Flores del Mal guardan la primera fragancia del Paraíso, la que embriagó a Eva y desató la túnica de Dios sobre los árboles estupefactos.

Quien desee pasear, seguramente, por las fauces del abismo, póngase una *flor del mal* en medio de las cejas.

Adán penetrará al Valle de Josafat arrojando pétalos de *Las Flores del Mal*. Recién conoceremos, verdaderamente, cuál es el color de su hechizo.

En la mesa coja de los aquelarres nunca falta un ramo de *Las Flores del Mal*.

La primera corona que llevan al muerto las viudas descaradas, es de *flores del mal*.

Satanás, si pretendiera tentar, de nuevo, a Jesucristo le ofrecería una guirnalda de estas flores, argumentándole, mañosamente:

—¡Huele y serás como yo...!

Las Flores del Mal son las únicas que trizan el cristal de los invernaderos y no admiten momificarse en las tarjetas postales.

Cuando obscurece el Cementerio de Montparnasse y la soledad recorre sus avenidas, dos manos invisibles retiran las ofrendas que honran el monumento funerario de Baudelaire y depositan, allá, hojas sueltas de viejos ejemplares del libro supremo, que, al amanecer, desaparecen, pues vuelan a esconderse en las tristes librerías, para brindarles la oportunidad de una sorpresa.

Los lectores devotos de Baudelaire terminan por oler a jardines llovidos, a parques salpicados de sangre.

*

* *

Las Flores del Mal es un libro con siete colinas. En la cima de ellas se levanta una mujer. La primera es la colina de la madre; Baudelaire tragóse, hipando, el llanto de Edipo y contempló, a través de las brumas de su áspero cielo, las delicadezas de Catalina Dufays:

*No he olvidado yo nunca, vecina a la ciudad,
nuestra casita blanca y su tranquilidad* (22).

Camilo Mauclair arguye que:

“Baudelaire amó a su madre... El secreto de Baudelaire es un “incesto sentimental” (23).

En la segunda colina sonrío, dulcemente, Marieta, “*la sirvienta de gran corazón*” (24).

Sara, la bizca, la prostituta judía del barrio Saint-Antoine, la que enfangó su sangre, anubla la tercera colina:

*...y sus cabellos, que eran un casco perfumado,
cuyo recuerdo sólo para el amor me aviva (25).*

Una diadema de relámpagos gira en la cuarta colina; acá, sufre Baudelaire el mordisco envenenado de Juana Duval:

Tú me has dado tu barro y yo he fabricado el oro (26).

Juana Duval se despereza a lo largo de toda la Primera Parte de *Las Flores del Mal*: es la levadura del cántico "baudelaireano", la máquina de carne y hueso en cuyos hondores consigue el poeta las piedras preciosas de su tiara de Papa de la Poesía:

*Te adoro como adoro la bóveda nocturna,
oh, vaso de tristeza, oh, grande taciturna (27).*

Mme. Sabatier, La Presidenta, albea, solitaria, en la quinta colina. Mme. Sabatier, que "en un ambiente de costumbres libres" "brillaba como un ejemplo encantador de esta misma libertad" (28), representa el Paraíso Perdido de la ternura para el drama de Baudelaire:

*Una vez, una sola, ¡oh, mujer adorada!,
en el mío tu brazo pulido
se apoyó; y el recuerdo, de mi alma desolada,
aún no ha borrado el olvido (29).*

La actriz María Daubrun solemniza la sexta colina:

Eres ciclo de otoño, rosado y misterioso (30).

“Los ojos de Berta” (31), la enviciada trotacalles de Bruselas, gravitan en la séptima colina, como los ojos de gato de la conciencia poética:

*ojos de mi adorada, de donde cae, sin ruido,
algo como la noche de dulce y recogido (32).*

En el trasmundo “baudelaireano”, oculta en el peor rincón de este museo de espectros adorables, escondido el rostro por un antifaz de tres iniciales —J. G. F.—, nos espía una octava mujer. ¿Traducen estas letras cabalísticas los nombres de una criatura o inician una revelación:

Junto Grandes Fantomas? (33).

*

* *

La Poesía secó a Baudelaire el sudor de su agonía, con la batista de la Amiga Desconocida que le visitaba, como si fuese en peregrinación al santuario en ruinas de sus ilusiones.

La Poesía lo amortajó con luz para que, por los siglos de los siglos del habla humana, fuese la imagen viva y augusta del Poeta, esto es, del Hombre maniatado por su vocación de profecía y sustancia, insobornable a toda comodidad, a todo halago, a toda concesión con el diminuto amor burgués, luchando, hasta podrirse, por confundir su corazón en la intimidad del Universo:

“Su obra es eterna... No hay poeta contemporáneo que no deba algo a Baudelaire” (34).

“La literatura es antes que todo” (35).

"Este desgraciado, envilecido, desaparecido prematuramente, en la más espantosa decadencia física y mental, fue, sin embargo, un príncipe de las letras que nos ha hecho el suntuoso regalo de una obra genial y de un libro-joya de un esplendor incomparable" (36).

La Poesía, en el centenario de *Las Flores del Mal*, inventa nuevas fragancias para que embalsamen su gesto de catador de sangres.

Antofagasta, 6 de mayo de 1957.

NOTAS

(1) "El rebelde". Traducción de Eduardo Marquina. Fco. Beltrán, editor. Madrid (tercera edición, 1923), (página 232).

Carlos Baudelaire nació en París el 9 de abril de 1821, hijo del sexagenario Santiago Francisco Baudelaire y de Catalina Dufays.

(2) Carta a su madre (1.º de abril de 1861).

(3) Ramón Gómez de la Serna: "El desgarrado Baudelaire" en *Prosa escogida*, por Carlos Baudelaire. Selección y traducción de Julio Gómez de la Serna. Biblioteca Nueva, Madrid, sin fecha (página 313).

(4) "Bendición". Traducción de Nydia Lamarque. Editorial Losada S. A., Buenos Aires, 1948 (página 49).

(5) De la dedicatoria de *Las Flores del Mal*.

(6) Francisco Porché: *Charles Baudelaire, Historia de un Alma*. Editorial Losada S. A., Buenos Aires, 1949. Producción del francés por Luis Echávarri (páginas 352 y siguientes).

(7) "Correspondencias". Traducción de Eduardo Marquina.

(8) César González-Ruano: *Baudelaire*, José Janés, editor. Barcelona, 1948 (página 123).

(9) *Una noche, en el lecho de una horrible judía,
como un cadáver junto a un cadáver tendido,
dime a pensar, al lado de aquel cuerpo vendido,
en la triste belleza que mi alma adoraría.*

(Eduardo Marquina).

(10) "Spleen", traducción de Elisabeth Mulder de Dauner. Editorial Cervantes, Barcelona, sin fecha (página 39).

(11) "Crónicas", Santiago Rueda, editor, Buenos Aires, 1947. Traducción de Marcelo Menasché (página 213).

(12) "La Nación" de Buenos Aires, 24 de agosto de 1947 ("La eternidad de *Las Flores del Mal*").

(13) Página 13 de la obra citada.

(14) Héctor P. Agosti: *Literatura Francesa*. Colección Oro de Cultura General. Editorial "Atlántida", Buenos Aires, 1944 (página 110).

(15) Nydia Lamarque.

Primitivamente Baudelaire pensó bautizar a su libro con el título de *Lesbianas*. Hipólito Babou sugirió el inmortal.

(16) Nydia Lamarque.

Otro poema de este mismo nombre escribió Baudelaire y empieza:

*Como un ganado inmóvil en la arena acostadas,
el marino horizonte miran con ojos largos,
y sus pies que se buscan, sus manos enlazadas,
tienen dulces desmayos y temblores amargos.*

(17) Nydia Lamarque.

(18) Los tres poemas siguientes han sido traducidos por J. M. Hernández Pagano, para la edición de "Leyenda S. A.", de México, 1944 (páginas 257, 259 y 261, respectivamente).

(19) Ramón Gómez de la Serna; página 276 del ensayo citado.

(20) "Yo te ofrezco...", adaptación de José Ma. Lladó. Colección Laurel. Editorial Bruquera, Barcelona, 1954 (página 69).

(21) Nydia Lamarque ("El viaje").

(22) Id.

(23) Camilo Mauclair: *La vida amorosa de Carlos Baudelaire*. Editorial "Zig-Zag", Santiago de Chile, 1934 (páginas 124 y 125).

(24) En *Mi corazón al desnudo*, Baudelaire promete "rezar todas las mañanas" a Dios, a Marieta y a Poc.

(25) Eduardo Marquina.

(26) Carlos Baudelaire: Proyecto de Dedicatoria. Editorial "Poseidón". Colección Los Raros, Buenos Aires, 1944. Traducción, prólogo y notas de Roger Pla (página 53).

(27) Eduardo Marquina.

(28) Francisco Porché: *Baudelaire y La Presidenta*. "Argos", Buenos Aires, 1947. Traducción de Eduardo Joubin Colombres (página 107).

(29) Eduardo Marquina.

(30) Id.

(31) Tres tercetos de cuatro versos y un apunte de perfil inspiró Berta a Baudelaire.

(32) Eduardo Marquina.

(33) A: J. G. F. dedicó Baudelaire *Los Paraísos Artificiales* (junio de 1860) y el poema "El heautontimorumenos" de *Las Flores del Mal*:

*Sin cólera te golpearé,
¡ni odio, como un leñador!*

(34) Enrique Díez-Canedo: *La Poesía Francesa, del Romanticismo al Superrealismo*. Editorial Losada S. A., Buenos Aires, 1945 (página 90).

(35) Carlos Baudelaire: Declaraciones.

(36) Camilo Mauclair: obra citada (prefacio, páginas 10 y 11).